

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA

1. *Biografía de Clemente de Alejandría*

«Siendo todavía joven, llegó a Alejandría, la «ciudad símbolo» de la fecunda encrucijada entre diferentes culturas que caracterizó la edad helenista. Allí fue discípulo de Panteno, y le sucedió en la dirección de la escuela catequística. Numerosas fuentes atestiguan que fue ordenado presbítero. Durante la persecución de los años 202-203 abandonó Alejandría para refugiarse en Cesarea, en Capadocia, donde falleció hacia el año 215»¹.

2. *Personalidad*

Por su nacimiento y por su formación, Clemente se mueve –sociológicamente– en el ámbito de la alta sociedad y de la alta cultura. Es un hombre temperamentalmente apasionado, entusiasta y optimista; generoso y capaz de entregarse a un ideal –como el cristiano– por el que valga la pena vivir y morir. Aunque es un luchador nato, no es un combatiente fanático. Es un enamorado de la libertad humana, de la propia y de la de los demás. No en balde esta actitud suya le ha merecido, entre algunos estudiosos contemporáneos, el sobrenombre de liberal, en el sentido más noble de la palabra

Otro rasgo característico de su personalidad es su actitud ante este mundo de aquí abajo: Clemente es un enamorado del mundo y de la vida, y de todo lo bueno y bello que hay en ellos. Esta circunstancia hace de él un hombre muy próximo a la mentalidad y sensibilidad de nuestro tiempo.

Intelectualmente, no es un hombre de talante «metafísico», capaz de grandes abstracciones o teorizaciones; no es un pensador muy vigoroso, y mucho menos sistemático, aunque sí es un filósofo penetrante, intuitivo y con grandes dotes de observador. Tampoco destaca por su talento organizador y sistematizador: a menudo carece de un orden y de un método que le lleven a un desarrollo acabado de las ideas. Al meterse en el análisis de un tema, pierde con facilidad la visión de conjunto y cae en la digresión y el detallismo. Clemente tiene un gran sentido del empleo de la imagen, de la comparación, de la alegoría y de los recursos plásticos, que hacen de él un excelente maestro.

En cuanto a su preparación y a su bagaje o equipamiento intelectual, hay que decir que poseía una erudición extraordinaria; eso sí, más vasta que profunda: le es muy familiar la literatura pagana, la cristiana, tanto la gnóstica herética como la ortodoxa, y la judía. Y, por supuesto, conoce perfectamente la Sagrada Escritura.

Por último, una breve referencia a su actitud intelectual y a su filiación ideológica: Clemente no está enfeudado en ninguna «filosofía» concreta o de escuela: lo que él llama filosofía no es el estoicismo, ni el platonismo ni el epicureísmo; ni tampoco el eclecticismo, en el sentido habitual de esta palabra; aunque se aprecian en él –eso sí– ciertas preferencias por el platonismo medio y el estoicismo. Platón, en especial, es citado por él con muchísima frecuencia. Clemente está convencido de que la sabiduría humana –aunque imperfecta– puede servir para traducir la sabiduría divina. Por eso, fue uno de los grandes entusiastas y pioneros del empeño de armonización entre la Fe y la Filosofía.

Desde la perspectiva diacrónica, el tiempo histórico que le tocó vivir a Clemente de Alejandría está signado por dos acontecimientos especialmente relevantes. El primero –también cronológicamente– es el encuentro de dos pueblos –Grecia y Roma– y la fusión o integración de dos culturas: la *paideia* griega y la *humanitas* romana. Este encuentro genera una cultura pagana

¹ BENEDICTO XVI, *Audiencia General*, 18 de abril de 2007.

en la que vienen a integrarse también elementos judaicos y orientales. La cultura helenística, que había integrado los cuatro elementos básicos de la *paideia* griega clásica –el *filosófico*, el *filológico*, el *poético* y el *gimnástico*– presentaba signos inequívocos de decadencia. La *filosofía*, desprovista de su empuje creador y de sus altos vuelos metafísicos, vive de la tradición socrático-platónica y aristotélica, fragmentada en numerosas sectas y corrientes diversas. La *retórica* ha perdido también la fuerza creadora, que nacía en buena parte de la constitución y estilo democráticos de la vida ateniense: suprimida la libertad política, la *retórica* se había convertido en una elocuencia de escuela con un tecnicismo minuciosamente codificado. La *poesía* seguía viviendo también de los grandes maestros de la época clásica. En cuanto a la cultura física –la *gimnástica*– había degenerado en una molición blandengue, propicia a ciertas aberraciones. En resumen: el formalismo y la tendencia a la síntesis y al eclecticismo pueden considerarse como rasgos definitorios de la *paideia*² helenística, creadora de un nuevo humanismo –más universalista y más técnico, pero menos creador–, promovido principalmente por las escuelas peripatéticas, estoicas y epicúreas, que reconocen al hombre como «ciudadano del mundo». A estos rasgos hay que añadir, por otra parte, la tendencia a la universalidad y al cosmopolitismo, rasgo que faltaba en cambio en la *paideia* clásica, aunque había sido intuido y preconizado ya por algunos sofistas y por Isócrates³.

El segundo de los acontecimientos mencionados, más decisivo y determinante que el anterior, es un nuevo encuentro y una segunda integración: esta vez, del cristianismo naciente con la cultura greco-romana. El cristianismo era, esencialmente, una persona –Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre– y traía un mensaje de salvación, radicalmente teocéntrico, que suponía una profunda subversión en la concepción de la vida y de la escala de valores del mundo pagano y comportaba además un peculiar estilo de vida: en esto radicaba su originalidad y su fuerza. Pero el cristianismo no era propiamente creador de una cultura. En realidad no crea civilizaciones; lo que hace es *salvarlas*; las asume, las informa, las modela, conformándolas a su propia perspectiva; suprime o corrige lo que es inconciliable con el espíritu del Evangelio; incorpora y conserva lo que es bueno y potencia y eleva lo que aún no ha llegado a su acabamiento y perfección.

3. Obras

El *corpus* literario clementino está constituido por obras conservadas completa o fragmentariamente; escritos perdidos –citados por Clemente o por otros escritores–, y obras proyectadas o anunciadas:

a. El *Discurso a los griegos (Protréptico)*. Es la primera obra en orden cronológico, y tiene cierta afinidad de pensamiento con otra de un conocido y peligroso filósofo medioplatónico llamado Celso, evidentemente con posiciones radicalmente opuestas. Es una exhortación que ensalza a Cristo como cantor y maestro del nuevo orden de cosas que establece el cristianismo. Utilizando el mismo método de los primeros apologistas cristianos dibuja un cuadro espantoso de la insensatez e inmoralidad de los cultos paganos, de los mitos y de los misterios. El Cristo-Logos es presentado como la verdad y la auténtica sabiduría. Este aspecto es el que da un tono de novedad a la obra de Clemente, y acuñará, desde esta su primera producción literaria, una segura certeza en la acción del Logos y en su función educativa respecto a la humanidad. Las exhortaciones transmitidas, llenas de piedad y optimismo, son válidas para el hombre de cualquier época. Esta obra es la más sobria y mejor compuesta por el Alejandrino; consta de una introducción, una parte central en la que se recrimina a los filósofos griegos que no han sabido determinar la esencia de Dios, y una parte final en la que se exalta la revelación del Logos.

b. El *Pedagogo*, en tres libros, se sitúa como continuación del *Protréptico* y preludio de una

². Empleamos aquí el término «paideia» en el sentido amplio de «cultura».

³. Cf. ISÓCRATES, *Panegírico*, 47ss.

tercera obra con la que parece que Clemente deseaba concluir su trilogía. Así lo expresa el Autor:

«El Logos –guía celestial– tomaba el nombre de *protréptico* al exhortarnos a la salvación; éste es el título específico que recibió el Logos, cuando se encargaba de estimularnos a la conversión. [...] Pero ahora, actuando sucesivamente como terapeuta y como consejero, sucediéndose a sí mismo, anima al que antes ha convertido, y, lo que es más importante, promete la curación de nuestras pasiones. Hemos de otorgarle, por tanto, el único nombre que propiamente le corresponde: el de *pedagogo*. [...] El mismo Logos es también maestro, pero no lo es todavía. El *Logos-maestro* tiene la función de exponer y revelar las verdades doctrinales; el *Pedagogo*, en cambio, cuyo menester es la práctica, primero nos exhortó a fijar una conducta doctrinal, y luego nos incita a cumplir nuestros deberes. [...] La salud y la ciencia no son una misma cosa: la salud se adquiere por medio de la curación; la ciencia, por medio del estudio. [...] Así como para las enfermedades del cuerpo se necesita un médico, así también las enfermedades del alma precisan de un Pedagogo que cure las pasiones. Iremos después al Maestro; él guiará al alma para acoger la gnosis y así sea capaz de recibir la revelación del Logos. Y es así como el Logos, amigo cabal de los hombres y empeñado en conducirnos progresivamente a la salvación, realiza en nosotros un bello y eficaz programa educativo: primero nos exhorta; luego, nos educa; finalmente, nos enseña»⁴.

En el libro primero se presenta al Pedagogo y su pedagogía, luego se detiene Clemente en ofrecer la conducta cristiana en diversas facetas de la vida ordinaria y el tercer libro está consagrado a otros aspectos de la vida cristiana. Finalmente termina con un precioso himno a Cristo Salvador.

c. Los *Strómata* (8 libros) es la obra más importante de Clemente, pero también la que más dificultades de interpretación encierra. Trata diferentes cuestiones sin un esquema previo y con tal variedad de argumentos que ciertamente justifican su título. El hilo conductor de esta obra puede decirse que es la elevación del cristiano a la doctrina teológica, al verdadero conocimiento de la fe, la verdadera «gnosis». Junto a este tema central se encuentran otros tan importantes como el de las relaciones entre filosofía griega y cristianismo, la distinción entre el orden natural y el sobrenatural, la revelación de Dios en ambos Testamentos, la perfección de la vida cristiana, etc.

d. Los *Extractos de Teódoto* son una recopilación de citas de un autor gnóstico que el Alejandrino trata de refutar. Es una obra difícil, porque no se sabe a ciencia cierta cuál es la autoría de los fragmentos que la componen, pero sin duda encierra una importancia decisiva a la hora de conocer mejor la herejía gnóstica de la escuela de Valentín. Las aportaciones de Clemente en este escrito revelan el concepto de redención, «Salvador», la naturaleza de Dios y la de los hombres, que él poseía frente a los esquemas de los gnósticos herejes.

e. Las *Éclogas proféticas* constituyen una selección de extractos o recopilaciones de aquellas personas que, según la Sagrada Escritura, han tenido un trato especial con Dios, y por ello se convierten de alguna manera en intermediarios entre Dios y los hombres. Estos comentarios clementinos a la Escritura tienen puntos de contacto con la gnosis disidente de la Iglesia, pero Clemente trata de refutar unos y aclarar otros. La creación, el bautismo y los tiempos escatológicos son los temas objeto de atención.

f. La homilía *¿Qué rico se salvará?* se propone demostrar que también el rico puede salvarse; cuenta Clemente la leyenda del apóstol san Juan y el joven que se había convertido en un jefe de ladrones y luego el apóstol lo había cambiado y admitido de nuevo en la Iglesia. No parece que sea realmente un sermón pronunciado en una función religiosa pública. La idea central de este

⁴ Paed., I, 1, 3 - 3, 3.

escrito está fundamentada en la tesis de que la riqueza, por sí misma, no excluye del reino de los cielos; lo que verdaderamente importa es la actitud interior ante los bienes materiales. La fecha de composición es incierta.

g. Algunos *Fragments* de una obra titulada *Hypotyposeis* (8 libros), esquemas o bocetos, en los que Clemente expone sus interpretaciones alegóricas de las escrituras y sus tradiciones. De esta obra sólo se conservan citas en otros escritores, algunos fragmentos que recoge Eusebio, y otro pasaje más extenso, traducido por Casiodoro (540) con el título de *Adumbrationes*. Esta es la obra que precisamente Focio calificó de blasfema. La realidad es que la verdadera dificultad de este escrito reside en que se conoce muy poco de él, tan sólo algunos fragmentos.

h. En fin, otros fragmentos de una serie de tratados, que no han llegado a nosotros: *Sobre la Pascua*, *Sobre el ayuno*, *Sobre la maledicencia*, *Exhortación a la paciencia*, *A los recién bautizados* y el *Canon eclesiástico* o *Contra los judaizantes*, y de los que tan sólo conocemos algunas fracciones de escaso interés. Entre las obras perdidas, Anastasio Sinaíta menciona un tratado *Sobre la Providencia*, de atribución dudosa. Por último, otros tratados anunciados o proyectados por Clemente –v. gr. *Sobre la castidad*, *Sobre el alma*, *Sobre la profecía*, *Sobre la resurrección*, etc.– puede que sean desarrollos ulteriores previstos en los *Strómata*.

4. El fin y los objetivos de la paideia cristiana

Clemente era pagano por su nacimiento y por su primera formación; pero era también auténticamente cristiano por el bautismo, por su segunda formación y por su fidelidad a la vocación cristiana. Esta doble circunstancia explica que en la formulación del fin y de los objetivos de la vida y de la educación se integren –no en paridad– elementos de ambas procedencias. Al preguntarse por el fin del hombre y de la vida, Clemente repasa explícitamente las opiniones varias de diversos filósofos. Especial consideración le merece Platón, porque entiende que su ideal encaja bien con el objetivo cristiano: *asemejarse a Dios*, que en esto consiste el bien supremo y fin último del hombre. También le merece particular estima el objetivo estoico de una vida conforme a la naturaleza y a la recta razón. Pero, naturalmente, la definición del fin último del hombre lo toma Clemente inequívocamente de las fuentes de la Revelación cristiana, con su perfil sobrenatural y trascendente, aunque en su formulación aparezcan elementos platónicos y estoicos.

Puesto que el hombre es, por sí mismo, radicalmente incapaz de alcanzar su fin último, Dios mismo viene en su ayuda; y así, la *paideia* cristiana esbozada por Clemente se convierte en una *paideia* divina, porque en su esencia, no es otra cosa que un aspecto o dimensión de la obra salvadora que Dios realiza en favor de los hombres. En resumen, el objetivo que se propone el Alejandrino es dar a sus lectores un método de educación cristiana y así participar de la vida incorruptible de Dios.

¿Quién es, qué hace y cómo actúa el Pedagogo? ¿Cuál es su nombre? Ya desde las primeras páginas Clemente nos hace la presentación del Pedagogo: «Nuestro Pedagogo, hijos míos, es semejante a Dios, su Padre, de quien es hijo: no hay en él pecado, ni reproche, ni pasiones en su alma; es el Dios sin mancha bajo el aspecto de un hombre [...]; el que está sentado a la derecha del Padre; Dios también por su aspecto. El es para nosotros la imagen sin defecto; y hemos de procurar con todas nuestras fuerzas que nuestra alma se parezca a El»⁵. También Clemente responde a esos interrogantes en los capítulos segundo y séptimo del libro I: nuestro Pedagogo – dice– se llama Jesús. A veces se da a sí mismo el nombre de “pastor” [...]. El Logos es verdaderamente pedagogo, porque a nosotros, los niños, nos conduce a la salvación [...]. Nuestro pedagogo es el Santo Dios, Jesús, el Logos educador de toda la humanidad⁶. Dios mismo, que ama a los hombres, es nuestro pedagogo.

⁵. *Paed.*, I, 4, 1-2.

⁶. *Cf. Ibíd.*, I, 53, 1; 55, 2.

La realización de la obra salvadora comprende cuatro operaciones: *crearnos, regenerarnos, perfeccionarnos y educarnos*⁷. Las tres últimas operaciones –*regenerar, perfeccionar y educar*– están, en el plan de Clemente, íntimamente vinculadas, porque integran la obra salvífica de Dios en favor del hombre. La acción pedagógica del Logos reviste en concreto tres modalidades: la *exhortación*, la *educación* y la *instrucción*. Por eso le conviene el triple título de *Protréptico* [o «Exhortador»], *Pedagogo* [o «Educador»] y *Doctor* [o «Maestro»].

Clemente pone mucho énfasis en la distinción de las tres funciones del Logos, que se corresponden con las tres etapas del proceso de salvación. Y así, v.gr., insiste en que el Pedagogo no es teórico, sino *práctico*; y que su papel no es *enseñar*, sino *mejorar* el alma y *guiarla*, no hacia una *vida erudita* sino virtuosa. Esto no quiere decir que el Logos-Pedagogo sea incompetente para la enseñanza, sino solamente que, en tanto que *pedagogo*, su misión es esencialmente educadora. Por eso Clemente insiste, al mismo tiempo, en que se trata de uno y el mismo Logos, que desempeña tres funciones diferenciadas y diferenciadas.

Tres ideas capitales se encierran en el esquema de la *paideia* cristiana diseñada por Clemente. En primer lugar, que Dios mismo ha asumido la tarea no sólo de crear al hombre, sino también de redimirlo y conducirlo a la salvación por medio de su acción pedagógica. Después, que sólo Dios es capaz de realizar este programa pedagógico, que se incardina en su obra salvífica y se destina –como ella– a toda la humanidad. Y finalmente, que Dios ejerce esta función pedagógica a través del Cristo-Logos que se constituye en pedagogo de toda la humanidad.

Por lo que respecta al valor de la filosofía, y en general de las creaciones de la cultura pagana, Clemente adopta una postura que marca toda una corriente de pensamiento cristiano posterior: la verdadera filosofía y los saberes humanos auténticos tienen su origen en el Logos, que es la fuente única de toda verdad. Estos saberes tienen un valor propedéutico y auxiliar; por consiguiente no deben ser despreciados por los cristianos, sino integrados en la sabiduría y en la *paideia* cristianas. La sabiduría y las creaciones humanas tienen además la función de regular una serie de necesidades relativas a la vida presente, de carácter muy parcial y poco importantes, ¡y siempre en función de las más importantes, referentes a la vida eterna!

Es en este punto donde la pedagogía cristiana de Clemente alcanza su cota más alta. La filosofía precedente no podía arrogarse el derecho de educar totalmente al hombre porque no poseía el pleno conocimiento de los destinos humanos. Con razón dirá el Alejandrino que aquella tan sólo podía desarrollar una función propedéutica de una acción ulterior. Las características de racionalidad y de aspiración al bien moral propios del helenismo no son para nuestro autor más que las condiciones previas a la acción realmente educativa que ha de realizar el Logos en la persona humana. Precisamente la armonización de estas dos etapas históricas es la que revela la grandeza de la especulación pedagógica y teológica de Clemente.

5. Significado de la figura y de la obra de Clemente

Entre los autores modernos, es relativamente frecuente considerar a Clemente de Alejandría como el gran pionero de la filosofía cristiana y del intento de armonización de la *fe* con el *saber* pagano. Ciertamente es considerado como el primer filósofo cristiano: él es el que abre la vía – por la que luego circulará Orígenes– de una verdadera teoría del conocimiento religioso, abordando el problema de las relaciones entre la fe y la filosofía y el problema del conocimiento natural de Dios. Lo nuevo en Clemente fue echar mano de la especulación filosófica para sostener una religión positiva que, en sí, no era resultado de la investigación humana, sino que tenía como punto de partida una revelación divina. Filón y los estoicos habrían hecho con las religiones mosaica y pagana, respectivamente, algo parecido.

Clemente es el primer humanista cristiano y el primer artífice destacado de la incorporación de la

⁷. Cf. *Ibid.*, I, 98, 2.

paideia helenística a la *paideia* cristiana. El planteamiento que hace Clemente de la relación cristianismo-cultura pagana significaba, por lo pronto, la superación y sustitución de la cosmovisión y concepción de la vida paganas por las correspondientes cristianas. Pero significaba también el reconocimiento y la aceptación del valor instrumental y técnico de las creaciones del mundo pagano.

Clemente de Alejandría puede considerarse, pues, como el primer humanista cristiano, porque el fundamento de su pedagogía descansa en la fe. Esta virtud o potencialidad llevará al hombre a realizar plenamente el ideal de la *paideia* griega, pero no conforme a una visión parcial y defectuosa como era característico en aquella cultura, sino conforme a las enseñanzas del Logos divino, que conduce al ser humano a su plena realización, es decir, a la intimidad con el mismo Dios.

De igual manera, se caracteriza Clemente porque su apología responde a un planteamiento eminentemente constructivo, en el sentido de que integra en el pensamiento y vida cristianos los valores de la cultura pagana. En esto radica su humanismo: también él puede decir: «nada humano me es ajeno». Pero esta integración de los valores culturales paganos en la concepción y vida cristianas se realiza, no tanto como una fusión de elementos pares que dan por resultado un eclecticismo, cuanto por una absorción, o mejor, asunción de la pagano en lo cristiano: una vez que Dios ha hablado a los hombres por sí mismo, la sabiduría humana queda absorbida y superada por la sabiduría divina; la concepción del mundo pagana queda superada por la concepción cristiana. Esta actitud nos da la clave para entender el paralelo intento de superación de la *paideia* helenística por la *paideia* cristiana: no destruyendo aquella, sino asimilándola.

A través de este cauce abierto por Clemente circulará una poderosa corriente de la tradición cristiana, que comienza por el mismo Orígenes. Los Padres capadocios y San Agustín tomarán también muchos de los elementos de la *paideia* esbozada por Clemente de Alejandría. Los temas del conocimiento, de la iluminación y del magisterio –es sólo una muestra– serán recogidos con especial atención por la corriente filosófica agustiniana –en particular, por San Buenaventura– para recibir de manos de Santo Tomás una elaboración más profunda y completa.

«Concluamos –decía el Papa Benedicto XVI en la Audiencia mencionada– con una de las expresiones de la famosa oración a Cristo Logos, con la que Clemente termina su *Pedagogo*. Suplica así: *Muéstrate propicio a tus hijos*»; «*concédenos vivir en tu paz, trasladarnos a tu ciudad, atravesar las olas del pecado sin quedar sumergidos en ellas, ser transportados con serenidad por el Espíritu Santo y por la Sabiduría inefable: nosotros, que de día y de noche, hasta el último día elevamos un canto de acción de gracias al único Padre, ... al Hijo pedagogo y maestro, y al Espíritu Santo. ¡Amén!*»⁸.

Marcelo Merino

⁸ *Pedagogo* III, 101, 1-2. BENEDICTO XVI, *Audiencia General*, 18 de abril de 2007.